S/. 1,000-

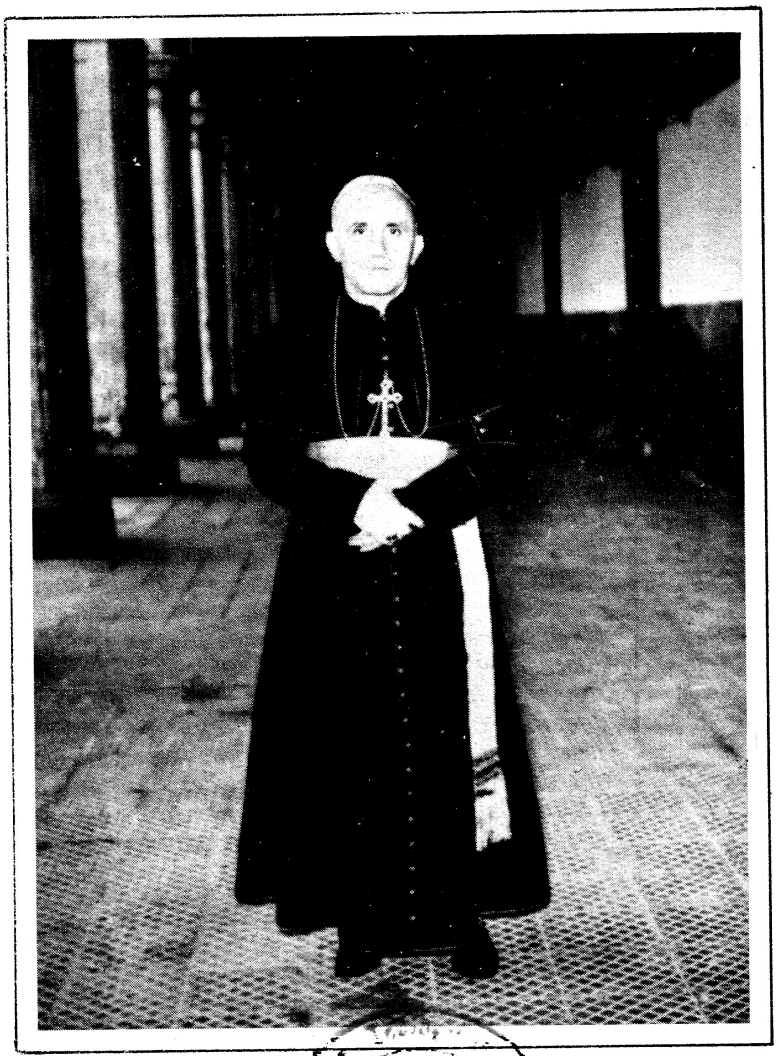
KANATARI

SEMANARIO DE ACTUALIDADES

AÑO II - 8 de Setiembre de 1985 - No. 51

DESPEDIDA A UN AMIGO

NOS llegó inesperadamente la noticia del fallecimiento de Monseñor Angel Rodríguez Gamoneda antiguo obispo de Iquitos. Inesperada como fue la noticia, no cayó sin embargo de sorpresa. Monseñor Rodríguez era muy avanzado en años. Le faltaban unos días para cumplir los noventa y dos. ¡Cuántos recuerdos se amontonan en la memoria al retroceder al año 1955 en que llega a Iquitos como obispo!



La vida de Mons. Angel Rodríguez transcurre íntegramente en el Perú. Llegó desde España en plena juventud, veintiún años, entre otras cosas a curarse de una pertinaz tuberculosis en aquella época en que casi el exclusivo remedio para la tuberculosis era Jauja.

Y a Jauja fue y regresó enteramente restablecido. Ordenado de sacerdote unos años más tarde, entrega su vida y sus afanes sacerdotales para siempre al Perú. Comienza sus trabajos en el Colegio Santa Rosa de Chosica. Era un deleite escucharle en su gloriosa ancianidad desgranar los recuerdos de su paso por aquel colegio en el que se formaron algunos alumnos que han tenido a lo largo del tiempo destacada actuación en la vida nacional. Por entonces fundó una revistilla escolar que hasta hoy perdura en la que rindieron sus primeras armas literarias esos alumnos formados a su lado que todavía le recuerdan con cariño. Más tarde pasaría al glorioso y viejo convento de San Agustín de Lima en donde transcurre su vida entre agotadoras jornadas pastorales y la reconstrucción de la Iglesia y cripta coloniales. Como un monumento perenne a su memoria perdura la maravillosa verja que bordea la entrada de la iglesia reconstruída en sus mínimos detalles. Y por fin su designación como obispo de Iquitos y su llegada en 1955, sesenta y dos años de edad.

A Iquitos llegaba precedido de fama de hombre austero y piadoso, los hechos se encargarían de corroborarlo. La situación del Vicariato Apostólico de Iquitos era a la sazón muy difícil. Habían transcurrido casi tres años de la muerte del anterior obispo y no se cubría la vacante y ese vacío se dejó sentir en el Vicariato. Mons. Rodríguez se lanzó con verdadero frenesí a la reconstrucción del Vicariato. En poco tiempo logró triplicar el número de sacerdotes y , lo que consistía su orgullo la consecución de lo que él llamaba su "flotilla" de lanchas para los puestos de los ríos. Su venerable figura de anciano amable empezó a ser popular. Acudía a todas las instituciones que le invitaban para impartir su bendición episcopal y en todas ponía paño de púlpito para mandarse sus sermones con aquel célebre comienzo que ya empezaba a hacerse proverbio: "dos palabritas nada más", para luego hablar no menos de cuarenta minutos. La gente había hecho un dicho popular las célebres "dos palabritas de Monseñor"

Por entonces fue también celebridad el "poder de los Rodríguez". Por una rara coincidencia, las principales autoridades de Iquitos se apellidaban Rodríguez y el pueblo con ese ingenio natural de que está dotado, elaboró chistes a costa de los Rodríguez. Y Monseñor Rodríguez los celebraba con buen humor. Hubo incluso un imitador que reproducía partes de sermones del Obispo con idéntica voz y entonación exacta. El señor Obispo mostró deseos de conocerle y pedirle que hiciera esas imitaciones en su presencia, pero el imitador por un temor reverencial se negó a satisfacer este deseo. En alguna ocasión citó por teléfono a varias personas, y con tanta perfección imitó la voz de Mons. que puntualmente se presentaron todos en su despacho con la consiguiente perplejidad al descubrir que la citación era falsa. Cuando se supo la verdad el señor Obispo les pidió que felicitaran al imitador. Así era él, sencillo, popular y querido. Se entregó a su pueblo con generosidad ilimitada y por ello vivió en extremada pobreza. Día hubo que tuvo que recurrir a la caridad y a préstamos para la subsistencia del día. Seguramente esto resultará difícil de creer, pero el que esto escribe da testimonio de la verdad. Su mayor defecto fue su excesivo celo apostólico que le hizo intolerante frente a otras concesiones cristianas y ante costumbres de nuestro pueblo que no pudo comprender. También le resultaba muy difícil la adaptación a la evolución y cambios que empezaron a producirse en la Iglesia posconciliar, pero los aceptaba con humildad. Al final los años lo vencieron. Perdía visiblemente facultades y optó sabiamente por retirarse. Se fue a terminar sus años en España con el recuerdo y la nostalgia de Iquitos perennemente en la memoria. Ahora concluyó su peregrinación en esta vida. Dios le llamó a su seno y sería un hermoso gesto y un homenaje a su vida consagrada al Perú lograr que sus restos mortales reposaran en Iquitos■